

la sangre de vuestro Divino Hijo es María, derramada en la cruz, es la que cubrió nuestros desnudos miembros, los calentó y les volvió á dar la vida: *Vellus mundissimum caelesti pluvia madens, è quo pastor ovem induit.* (Proclus. *Orat. de Nat. Dom.*).

Ya lo veis, A. H. M.: la Escritura Santa, la tradición, la naturaleza, todo nos habla de María. Verdad es que nos habla en el lenguaje de símbolos y figuras, mas no por eso menos inteligibles, puesto que aún es más elocuente que el natural. Esas interesantes armonías que hemos notado en el conjunto inmenso de las cosas visibles, encaminadas todas á alabar á María, desde la más humilde flor del campo, hasta el luminoso planeta que gira en el espacio, se forman para recordarnos la gloria de su nombre. *Respice stellam, voca Mariam*, exclama San Bernardo. Lo mismo os diré yo, aunque variando el sentido. Mirad la naturaleza, fijad la vista en las fuentes, en los montes, en las nubes, en las plantas, y descubriréis en todo ello motivos para invocar á María: *Voca Mariam*; porque su bendito nombre está escrito en todas partes; lo mismo en el oro de que fabricamos sus coronas, que en la azucena que ponemos en su mano, que en las alas de la cándida paloma, su emblema predilecto. No olvidéis, sin embargo, que donde principalmente ha de estar grabado el nombre de María, Madre de los hombres, es en nuestro corazón, y grabado con caracteres indelebles. ¡No permita Dios que nuestro corazón llegue á perderlo y nuestra memoria á olvidarlo! Pero si tan lamentable desgracia nos sucediese, aunque sólo fuera por un día, búsqüenlo nuestros ojos en todos los objetos que descubran, que en ellos lo encontrarán, estimulando á nuestro pensamiento á meditar en él con amor, y á nuestra lengua á repetirlo sin cesar: *Voca Mariam*.

C. MARTÍN.

DISCURSO II

PARA EL DÍA 23 DE MAYO.

FIGURAS APROPIADAS Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Figuras de los tiempos de la Ley natural.

SUBDIVISIONES.—1. Eva.—2. Sara, Rebeca, Raquel.

PUNTO SEGUNDO.—Figuras de los tiempos de la Ley escrita.

SUBDIVISIONES.—1. Figuras de la elevación y poderío de la Virgen Santísima.—2. Figuras de sus dolores.—3. Analogías diversas.—4. Figuras de la grandeza de María.

Omnia in figura contingebant illis.
Estas cosas les acontecían á ellos en figura.

(I. Cor., x, 11.)

LA ley llevaba á Jesucristo en sus entrañas, dice San Agustín: *Tota lex gravida erat Christo*. Las instituciones, los sacrificios, las ceremonias, los acontecimientos públicos, los edificios, las ciudades, los grandes hombres del antiguo pueblo, fueron la sombra del porvenir: *Umbram habens lex futurorum*. (HEBR., x, 1). La Ley de Moisés figuraba á la Ley cristiana; los sacrificios cruentos figuraban el sacrificio de la Cruz; el Arca Santa y el Templo de Jerusalén figuraban los Templos y el Tabernáculo del culto católico. Abel representaba al inocente hijo del hombre, Melquisedec su sacerdocio, Job su paciencia, Isaac su muerte, José los hechos más interesantes de su vida, Moisés su ministerio, David su regia dignidad, Salomón su sabiduría; por manera que la vida del Salvador se veía anticipadamente retratada en aquellas figuras, y en estas representaciones. Pero si la Escritura, dice San Bernardo, nos enseña en todas partes al Hijo, no se olvida por eso de la Madre. Por María y para María, el Verbo se hizo carne, pues que nadie, tanto como María, cooperó á la obra de la Redención: *Ob hanc omnis Scriptura facta est; propter hanc totus mundus factus est, et hæc gratia Dei plena est, et per hanc homo redemptus est, Verbum Dei caro factum est, Deus humilis et homo sublimis*. (S. Bernard., *Serm.* 3., *in Salve Regina*.) En efecto, A. H. M., las Santas Escrituras contienen, al mismo tiempo que las figuras de Jesucristo, las figuras de María; lo cual, por otra parte nada tiene de extraño, porque los misterios de

la Madre no se separan nunca de los misterios del Hijo, como lo hacíamos notar al reproducir los emblemas particulares de María Santísima. Si, al lado del nombre de Jesús, se encuentra siempre escrito el nombre de María.

Propóngome en el presente discurso estudiar particularmente las figuras vivas del Antiguo Testamento, que se apropian á la Santísima Virgen. Considerando dividido el cuadro histórico que voy á examinar, en los dos grandes grupos señalados por los escritores que tratan de los libros santos, recorreré: 1.º *La época de la Ley natural.* 2.º *La época de la Ley escrita.*

PUNTO PRIMERO

FIGURAS DEL TIEMPO DE LA LEY NATURAL.

La primer figura que se ofrece á nuestro estudio en el Orden de los tiempos es la de Eva, madre del género humano; figura antigua y soberanamente majestuosa, que aparece en la aurora de la creación, bajo la forma más pura, más rica, más angelical, que la de cualquier otra criatura, exceptuada la de María, á que únicamente se puede comparar en el acto de mostrarse al mundo.

Después de algunos días de felicidad en el Paraíso de deleites que Dios la había preparado, se rindió á las sugerencias de la serpiente, arrastrando en su caída al padre de la raza humana, de cuyas resultas fué condenada á perpetuo llanto, ella y su desdichada posteridad. María, por el contrario, nunca salió del Paraíso de la gracia, y quebrantó la cabeza de la infernal serpiente, salvando de este modo á la perdida humanidad. El admirable contraste entre estas dos mujeres tan opuestas en sus respectivos hechos, fué largamente descrito por la elocuente pluma de los Santos Padres.

«Eva, dice San Ireneo, era Virgen, aunque esposa de Adán, cuando la habló el demonio; y María era también Virgen, aunque Esposa de José, cuando el Angel se presentó á Ella. Eva da oídos á la serpiente para dejarse seducir; María escucha al Angel para recibir las órdenes del Altísimo. Eva, por creer al demonio, no cree á Dios; María cree con fe segura el más incomprensible de los misterios, desde que el Angel se lo reveló de parte y en nombre de Dios. Eva es un prodigio de orgullo, de infidelidad y de insubordinación á Dios; María es un milagro de fe, de humildad y de sumisión á Dios. De este modo una virgen es, en el principio, la ruina del mundo, y otra Virgen es, en el tiempo señalado en los decretos divinos, origen de la salvación del mismo mundo. María Virgen, pues, fué la mediadora y abogada de Eva, que había abandonado á Dios siendo virgen. La obediencia de María fué el remedio y la reparación de la desobediencia de Eva.»

(Iren., *Lib. advers. hæreses*, lib. v. *Brev. offic. de Beata in Sabb., mens. Maio.* Bible de Genonde, tom. I, pág. 43.)

«Regocíjate, Adán, exclama otro Doctor, y regocíjate con más motivo tú, Eva, madre de los hombres: ámbos nos disteis la vida y ámbos nos la quitasteis; y os la quitasteis, ¡caso deplorable! antes de habérmola dado: *Prius peremptores quam parentes*; pero una hija se os concede que va á llenaros de júbilo. Celebra su nacimiento tú en particular, oh Eva, que fuiste la causa primera del pecado, el primer origen del mal, la que extendiste á todas las mujeres la mancha con que empañaste tu limpieza. Acude, Eva, á María: *Curve Eva ad Mariam*: madre, arrojaos á los piés de vuestra hija: *Curve mater ad filiam*, porque esa hija incomparable será abogada y protectora de su madre; esa hija lavaré el oprobio é ignominia de su madre; esa hija satisfará por su madre á la justicia de Dios. Así vendrá á verificarse que si el hombre cayó por la mujer, por la mujer también se levanta. *Si vir cecidit per feminam, jam non erigitur nisi per feminam.* (S. Bernard., *de Laud. B. V. M.*, Serm. 2, núm. 3.)

La muerte, dice San Jerónimo, entró en el mundo por la compañera de Adán; y la vida nos viene por María: *Mors per Evam, vita per Mariam*. Eva nos hirió, y María nos cura, dice San Agustín. María es la paz, el gozo y la salud del mundo, dice San Efrén. Eva, añade Andrés Cretense, introdujo el infierno en la tierra que habitamos, y María hizo en cierto modo que el Cielo bajase á ella: *Maria in terram celum introduxit*. La Virgen Purísima y sin mancha, dice San Pedro Damiano, que apareció en los primeros días de la Redención, expía y borra la mancha de la Virgen que holló el florido césped del Paraíso de deleites. Y lo que Eva, añade San Jerónimo, había atado con su falta de fé, lo desata María con su confianza en la palabra de Dios. Eva, atendiendo á las pérfidas insinuaciones de Satanás, se perdió á sí misma, y perdió á su descendencia; María, creyendo en las palabras del Arcángel, repara los funestos efectos de la maldición lanzada contra la primera mujer: *Crediderat Eva serpenti. Maria Gabrieli quod illa credendo deliquit, hæc credendo delevit* (Tertull.); Eva causó en las almas una mortal herida, María cicatriza aquella herida: *Maria animarum medela* (S. Ephr.). Eva nos aberrojó con las cadenas del demonio; María nos libra de ellas: *Redemptrix captivorum* (S. Epiph.). Eva robó á Dios su gloria, y al mundo la paz; María devuelve la gloria á Dios, y la paz al mundo, dice San Jerónimo. Eva nos hizo perder la venturosa vida de la gracia; María hace que la recobremos: *Reparatrix vitæ*. (S. Aug.). Eva, en fin, en su pecado, da á luz solamente hijos muertos delante de Dios; y María es la única á quien conviene el título de Madre de los vivos: *Mater viventium*. (S. Aug.).

Hemos visto, H. M., que cuando Dios desterró á Adán y á Eva del Paraíso terrenal, desterró al mismo tiempo á toda la descendencia de ellos. Estábamos, pues, proscritos, no sólo del Paraíso de terrenos delicias, que no hemos vuelto á ver, sinó también del Paraíso de

las eternas delicias, donde no podíamos entrar. La Virgen bienhechora nos allana el camino de la bienaventuranza, haciéndolo, á más de posible, fácil, y constituyéndose en Puerta del Cielo: *Exulum revocatio, expulsorum reversio.* (S. Germ.). *Fanua Paradisi.* (S. Aug.).

Saludemos, A. H. M., saludemos á la mujer incomparable prometida á Adán y á Eva; á la mujer que rehabilita la especie humana, quebrando la cabeza de la serpiente que la perdió. En vano se esforzará el demonio en morder el pié que le aplasta; porque no solamente no podrá herirlo, sinó que será impotente hasta para hacerle sentir su emponzoñado aliento: *María non fuit serpentis venenosi afflatibus infecta* (S. Ambr.).

María, sí, es la que nos ha sacado de enmedio de nuestras propias ruinas; la que ha roto las cadenas que nos sujetaban; la que ha enjugado nuestras lágrimas; la que ha enriquecido nuestra pobreza y acallado nuestros sollozos; la que levantó á nuestros primeros padres, devolviendo la esperanza á sus corazones, y asegurando la vida á todos sus descendientes: *Parentum reparatrix, posterorum vivificatrix.* (S. Bern.).

Sea, pues, una y mil veces bendita aquella por quien Jesucristo ha venido á ser hermano nuestro, dice San Atanasio; aquella á quien Dios mismo eligió para Madre, con el fin de que lo fuese también de todos los hombres; aquella, añade San Epifanio, por quien la vida y la esperanza han vuelto al mundo. Bendita sea aquella por quien son benditas todas las generaciones que se suceden en la tierra. Bendita sea por siempre aquella cuyo divino alumbramiento suspendió la maldición que pesaba sobre el género humano, trocando en júbilo su tristeza, santificando la tierra, y poblando el Cielo.

A los sublimes conceptos de los Santos Padres que acabo de exponer, no puedo menos de añadir, como por vía de resumen, este elocuente pasaje de un distinguido orador contemporáneo y virtuoso Obispo francés:

«Dos grandes hechos hay que dominan el mundo todo, que presiden sus destinos y constituyen el alma de la religión, siendo por esta causa los únicos que pueden explicar su historia. Estos hechos son la caída y la redención del hombre. A la cabeza de cada uno de estos hechos hallaréis una mujer que ayuda á ejecutarlo, tomando en él una buena parte: Eva, con Adán, es la autora de nuestra ruina; María, con Jesucristo, es autora y causante de la salud.»

«Entre esas dos mujeres, cuyos nombres se han hecho famosos, existen contrastes y semejanzas numerosas, tan notables y bien sostenidas, que no se los puede examinar sin admirarse y sin reconocer en ellos, con todos los Doctores, un designio de la Providencia. Eva y María son criadas en estado de gracia. Eva, siendo virgen, se desposa con Adán; María, siempre Virgen, es Esposa de José, y Madre de Jesús. La obra de nuestra corrupción principia en Eva; y la obra de nuestra santificación toma su origen en el castísimo seno de Ma-

ría. La palabra que ha de perdernos se dirige á Eva; y la palabra que nos ha de curar se dirige á María. Un ángel de tinieblas sugiere el mal á Eva, la incita á insubordinarse, y la embriaga de orgullo; un Ángel de luz trasmite á María la voluntad de Dios, inspirándola obediencia, é inclinándola á humildad. Eva aconseja y aprueba la insubordinación de Adán; María se une íntimamente á todos los sacrificios, á toda la sumisión del Verbo anonadado. Bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal, es presentado á Eva el fruto de muerte; bajo el árbol de la cruz, entrega María el fruto de salvación producido en sus entrañas. Ofreciendo un alimento cuya forma era *agradable á la vista*, fué como Eva sedujo al primer hombre, venciendo su flaqueza; María, ofreciendo un alimento sagrado, cuyo misterio está fuera del alcance de los sentidos, el alimento del cuerpo de su propio Hijo bajo el velo de la Eucaristía, es como fortalece las almas, colmándolas eternamente de sabiduría y gracia.»

Aún podría, A. H., señalar otras analogías; mas paréceme bastante haber presentado juntos los rasgos que os he hecho notar para que comprendáis las miras de Dios. El puesto que ocupó Eva, en orden á la caída, quiso que fuese el que María ocupara en orden á la reparación. «Era necesario, dice Tertuliano, que lo que se había perdido por un sexo, se rehabilitase por el mismo sexo. Por una mujer la muerte, añade San Agustín, y por una mujer la vida; por Eva la dolencia, por María la salud; por una virgen, concluye San Ireneo (*adv. hæreses*), fué condenada la humana especie, y por una Virgen debía ser librada.

Acabáis, H. M., de oír á un mismo tiempo á Tertuliano, á San Agustín y al gran mártir Ireneo; ¿necesitáis oír de mi boca nuevas comparaciones? Nó, seguramente; os basta lo dicho para conocer la completa armonía que existe entre la persona y hechos de Eva, y la persona y hechos de María, hasta en haber sido la Santísima Virgen Madre de las generaciones rescatadas, como la primera mujer lo fué de las generaciones cautivas.

Después de Eva, que apareció en la aurora del mundo, se presenta Sara, que aparece en el nacimiento del pueblo elegido. Sara es figura de María Santísima: en primer lugar, por su nombre que significa, como el de María, *soberana*; y en segundo lugar, por su fecundidad milagrosa. En beneficio de Sara, obró Dios igual prodigio que más adelante en favor de Isabel, madre de San Juan Bautista. El Señor dió á Sara, muy entrada en años, un hijo, Isaac, especial precursor de la víctima del Calvario, el cual hijo había de darlo á conocer al mundo en su propia persona, subiendo en sus hombros al monte Horeb el madero para el sacrificio de que había de ser él mismo la víctima. Sara es también figura de María en sus numerosas peregrinaciones con Abrahán, de Judea á Egipto y comarcas adyacentes, huyendo del hambre, como las que, andando el tiempo, emprendió María con José, huyendo de la cuchilla del cruel Herodes, cuando dió á sus sayones el encargo de matar al Niño-Dios. Los Santos Padres, comparando la

fe de Sara, esposa del padre de los creyentes, con la fe de María Santísima, han demostrado fué inferior en mucho á la de nuestra Señora. Cuando Dios hizo saber á Sara que tendría un hijo, dudó en dar crédito á la predicción: *Quo audito Sara risit post ostium tabernaculi.* (GÉNESIS, XVIII. 10). No hizo ésto María, observa San Agustín: *Non est virginis Mariæ diffidentia, quod enim futurum esse certa erat, modum quo fieret inquirebat.* (S. Aug., de Civit Dei. l. 16, c. 24.)

La segunda figura de María, que se nos presenta en los siglos patriarcales, es la de Rebeca. Si el nombre de Sara significaba *soberana*, el de Rebeca, según la interpretación de San Jerónimo, significa *Virgen perfecta*. ¿Y no es éste, por ventura, el título por excelencia de la Madre de Dios? Isaías fué el primero que en sus célebres vaticinios, dió á María Santísima este glorioso título: *Ecce Virgo concipiet; hé aquí, dice, que una Virgen concebirá.*

La Iglesia nos propone á Rebeca como modelo de cordura. *Sapiens ut Rebeca* (Miss. rom. in Matrim.). Necesario fué que llevara esta virtud al más alto grado, para poder ser figura de aquella á quien la misma Iglesia invoca bajo la metáfora de Trono de Sabiduría y de prudencia: *Sedes sapientia.*

Rebeca estaba dotada de todos los dones de la naturaleza, como lo estuvo María de los más preciosos de la gracia. Abrahán envió al más fiel de sus criados, con la misión de pedir para Isaac su hijo la mano de Rebeca; y Dios envió al Arcángel de las embajadas, al Arcángel que había sido enviado ántes á Daniel y á Zacarías, para anunciar á María Virgen que sería Madre de su Hijo. Cuando Rebeca oyó la propuesta de Eliezer, hallábase ocupada en sacar agua de un pozo; así, cuando María recibió la embajada del Angel, ocupábase en llenar su espíritu del agua cogida en el manantial de la gracia, que quita la sed eternamente. Meditando San Bernardo sobre esta última misteriosa relación entre ambas mujeres, exclama, hablando con María: «Reina por excelencia, saciad la sed de vuestros pobres, que os piden agua de la que rebosa vuestro cántaro. Compadeceos de la sed que les abrasa, refrigerándolos como podéis, puesto que sois verdaderamente la doncella elegida, adornada, y dispuesta para desposaros con el Hijo del Altísimo, que es bendito sobre todas las cosas, por los siglos de los siglos: *Ciba hodie pauperes tuos, Domina, et potum tribuas de supereffluenti hydria tua; quia tu vere es, prælecta et præparata Altissimi filio, qui est super omnia benedictus in sæcula.* Rebeca fué madre de Jacob, heredero de las promesas hechas á Abraham y á Isaac; pero María á quien Rebeca representaba, dió á luz aquél en quien habían de cumplirse todas las promesas; aquél que para salvar á sus hermanos se acomodaría el vestido de Esaú, aquél que, como Jacob, aceptó una larga servidumbre para obtener de su Padre la esposa que había elegido; esto es, la Iglesia.

Otra figura viviente de María es Raquel, que cierra la serie de los tiempos de la Ley natural.

Todo es interesante y bello en esta graciosa figura. La Iglesia

misma la ha caracterizado con el epíteto de amable: *Amabilis ut Rachel.* (Liturg. rom. in Matrim.) Su nombre es el emblema de la mansedumbre, pues que significa *oveja*. ¡Admirable semejanza con María Santísima, oveja sin mancha como dice San Anselmo, que produjo á Cristo, Cordero de Dios: *Maria ovis immaculata que peperit Christum, Agnum Dei.*

San Agustín mira á Raquel como imagen de la vida contemplativa. Bajo este concepto, á nadie puede representar mejor que á la Bienaventurada Virgen, contemplando siempre las cosas de Dios en el Templo durante su niñez, y luego en Belén, en Nazareth y en el Cenáculo: *Maria autem conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.* (LUC., II, 51). La vida de Raquel, así como la de María, corre solitaria en el retiro del hogar, ó errante, siguiendo á Jacob, que huye de las iras de Esaú. Una y otra pasan el día entregadas al trabajo: Raquel guardando los rebaños de Labán, suspirando y pidiendo á Dios que la quite el oprobio concediéndola la dicha de ser madre, sin que Dios oiga sus súplicas hasta pasados muchos años. Llega al fin de su vida, toda de sacrificio, gritando angustiada y tan llena de dolor, que ha venido á ser para las más apartadas generaciones un expresivo símbolo de la amargura del corazón, de la amargura de una madre á quien arrancan de los brazos de su querido hijo: *Vox in Rama audita est, ploratus ut ululatus multus: Rachel plorans filios suos, et noluit consolari quia non sunt.* (Matth. II, 18). María Santísima, á su vez, pasa los días en continua prueba y en perpetuo sacrificio. Pero la más notable de las semejanzas entre la figura y la persona figurada, es la que designa la Iglesia en uno de sus himnos: *Rachel curatorem Aegypti gestavit; Salvatorem mundi Maria portavit.* (Hymn. de Concept.). Raquel fué madre del salvador de Egipto, y María lo es del Salvador del mundo.

Sí, Virgen Santísima: Vos más dichosa que Raquel, habéis sido Madre del José verdadero, que vendido por sus hermanos, les perdona, les alimenta, les enriquece y les salva de la cautividad y de la muerte.

PUNTO SEGUNDO.

FIGURAS DEL TIEMPO DE LA LEY ESCRITA.

En el período de la ley escrita son más numerosas las figuras de María que en el que le precede. A medida que los siglos adelantan, y los pueblos atienden y esperan con mayor cuidado, les anima y consuela Dios con señales que les dejan entrever á lo lejos la realidad.

La primera figura que se presenta á nuestros ojos en esta época es María, hermana de Moisés. Notad, H. M., que esta mujer es la única